

Chip nos advirtió que no saliéramos. Dijo: «Tíos, no tentéis al diablo». Pero la juerga de la noche anterior había sido fina, vamos, que no nos habíamos sacudido todavía la borrachera de garrafón. La cuestión es que era barato, el garrafón, la bebida de los campesinos franceses, pero se te agarraba a las tripas como si tuviera uñas. Musgoso y oscuro, dentro de la botella ni siquiera parecía whisky; era más bien como beber agua de un pantano.

Así que estábamos exhaustos, tirados en el apartamento, con sábanas clavadas tapando las ventanas. Pero el sol pegaba con tal furia que se colaba por los resquicios y nos envolvía la piel como una tela. Hasta un par de horas antes habíamos estado tocando en un estudio perdido intentando grabar un disco. Un cuartucho de mala muerte que parecía más el armario de los fantasmas que un sitio para tocar, con radiadores descascarillados que gorjeaban vapor y botellas vacías rodando por el suelo combado. Las brasas de nuestros cigarrillos brillaban como pequeños agujeros en la oscuridad, por eso sé que íbamos ciegos, aunque el humo de Hiero ni siquiera se movía. Sostenía el cigarro entre los labios como si no lograra escucharse bien al tocar. No hacíamos más que dar vueltas

por la habitación, atentos a las ratas que arañaban la pared, más nerviosos que todas las cosas. Es posible que no estuviéramos tan puestos, pero yo por lo menos me notaba hasta arriba. Demasiado nervioso, demasiado cargado, demasiado pendiente de la puerta. Ni el whisky ni el estar encerrados en el estudio, nada podía sacarme de mí mismo. Toma tras toma tocaba sin parar hasta el final, para que luego Hiero arañara el disco y lo tirara a la basura.

—Una colección de putas equivocaciones —murmuraba una y otra vez—. Una colección de putas equivocaciones.

—Sonamos como la realeza —dijo Chip—. Eso sí, después de pasar por las manos del populacho.

Coleman y yo no abrimos la boca, solo dejamos caer la cabeza, cansados.

Pero Hiero, mientras limpiaba la trompeta con un pañuelo renegrido, se volvió y le dedicó a Chip una mirada de verdadera irritación.

—Sí, pero incluso cuando tocamos mal, somos unos genios.

Me dejó helado, oírle decir aquello. El Niño llevaba semanas hablando de lo mal que tocábamos. Cogía todos los discos, arañaba el esmalte con una navaja, los destrozaba. Gritaba que no había nada ahí dentro. Pero sí lo había. Una semilla de belleza convulsa.

Yo no quería pero, no sé bien por qué cuando el Niño me dio la espalda, me encontré quitándome el chaleco, cogiendo el último disco —todavía delicado, con los surcos tiernos— y envolviéndolo con él. Miré a mi alrededor, nervioso, y lo metí en el estuche del contrabajo. Los demás estaban ocupados guardando sus instrumentos.

—¿Dónde está el último disco? —preguntó Hiero con el ceño fruncido. Miró en el cubo de la basura, lleno de discos destrozados.

—Está aquí, colega —contesté—. ¿Lo querías o qué?

Me miró con expresión agria.

—¿Para qué lo iba a querer? Esto no nos va a salir en la vida.

—Niño, ¿qué estás diciendo? —preguntó Chip arrastrando las palabras—. ¿Estás diciendo que deberíamos dejarlo?

El Niño se encogió de hombros.

Alineamos las botellas vacías junto a la pared y cerramos sin hacer ruido. Después, cada uno por distinto camino, nos volvimos de vuelta al piso de Delilah. Había toque de queda y París estaba mustio, todo nubes coaguladas y aire rancio. Caminé sin hacer ruido por los callejones, atento al ruido de posibles pisadas, y me reuní con los demás en el apartamento. Con todos menos con Coleman, claro, que estaba con su chica. Nos desplomamos sobre colchones mugrientos en la habitación oscurecida con cortinas opacas.

Había dejado el estuche con mi instrumento apoyado contra la pared y notaba ahí la presencia del disco de las narices, todavía caliente. La sentía con tal intensidad que hasta me extrañaba que los demás no lo hicieran. La cera reteniendo el calor como una vela de altar.

Vivíamos allí los cuatro. Delilah, Hieronymus, Chip y yo. Un par de meses antes habíamos pasado un día entero clavando sábanas para tapar las ventanas del apartamento, pero, qué quieres, aquel sol terco entraba de todas maneras. Necesitábamos sudar la resaca al aire libre, volver a colocarnos la cabeza en su sitio. Hacía semanas que no respirábamos aire puro.

Hiero estaba arrebujaado en su butaca, con esas piernas enclenques suyas colgando, cuando, de repente, se volvió hacia mí. Tenía el semblante oscuro y liso como una berenjena.

—Dios, creo que voy a vomitar. Tengo las tripas hechas papilla, tío.

—Amén —dije yo.

—Tío, necesito leche.

—Amén —repetí.

La cosa es que, entre nosotros, hablábamos una lengua mestiza, mitad alemán, mitad argot barriobajero de Baltimore. De francés, lo justo, vamos. La única lengua que verdaderamente hablaba yo, aparte del inglés, era *Hoch-deutsch*. Pero una vez empezaba a mezclar palabras, ya no conseguía decir nada a derechas. Además, sabía que Hiero lo prefería así. El Niño había nacido en Renania, eso es cierto, pero llevaba el viejo Baltimore en la sangre. O por lo menos hablaba como si así fuera.

Y es que todavía era un niño. Disfrutaba imitando a los demás.

Aunque algo en él había cambiado en los últimos días. Desde que los botas llegaron a la ciudad no había comido y durante días y días estuvo enfermo, febril y desganado. Cuando por fin se recuperó, lo poseyó un abatimiento que nunca le había conocido.

Eché un vistazo rápido a la funda de mi contrabajo, pensando en el disco escondido. No eran remordimientos lo que sentía; no exactamente.

Hiero cambió un poco su postura en la alfombra llena de calvas.

—Sid, tío, necesito leche —gimoteó.

—Pues en la despensa, supongo. ¿Tenemos leche, Chip?

Pero Chip... como un hombre a punto de ahogarse solo abrió medio ojo castaño. Con aquella luz, su cara era del color de la ceniza.

Hiero tosió.

—Lo que necesito es limpiarme el estómago, no destrozármelo.

—Noté que tenía un tic en el ojo izquierdo, justo debajo del párpado, como cuando le ves latir el pecho a una mujer delgada a través de la blusa—. Necesito leche, tío. Pero líquida, no esa porquería en polvo que te taladra el estómago. Como si cagaras tierra. Como si fueras un reloj de arena, hostias.

—Bueno, no será para tanto —dije—. Y a esta hora no hay nada

abierto, chico, ya lo sabes. Bueno, quizá el Coup, pero está demasiado lejos.

Nos quedamos tumbados y en silencio un minuto. Me llevé un brazo a la boca y ni te cuento cómo meapestaba la piel a vinagre rancio. Era por el garrafón, tenía ese efecto.

Con la escasa luz apenas distinguía las pocas sillas que quedaban en la habitación, amontonadas junto a la chimenea. Tenían un aspecto absurdo, como una bandada de gansos huyendo del hacha. Aquél había sido un piso de lujo en otra época, según contaba Lilah. Lleno de sillas Luis XIV, candelabros de cristal de Murano, tapices de Aubusson y techos más altos que los de una estación de tren. Pero el conde que le había prestado el palacio a Delilah le había urgido a que vendiera todo lo que pudiera antes de que llegaran los boches. Le parecía menos triste así. Y ahora, tan vacío, solo se percibía su profundidad y era como estar perdido en medio del océano. Aquel lugar era pura oscuridad.

Al otro lado de la habitación, Chip empezó a roncar.

Miré a Hiero, hecho un ovillo en su butaca.

—Niño —le dije con voz espesa—. Oye, Niño —me llevé una mano a la cabeza—, ¿no dirás en serio lo de olvidarnos del disco? Estamos a punto, tío, y lo sabes.

Hiero abrió la boca y eructó.

—Buenos días a ti también —comenté.

No parecía haberme oído. Le vi ponerse de pie con esfuerzo, mientras la butaca se quejaba como una mula vieja. Después se dirigió hacia la puerta medio tambaleándose, o al menos creo que ésa era su intención, aunque en realidad lo que hizo fue dar trapiés hasta la chimenea y golpearse un hombro contra la pared. Después se tiró al suelo, a cuatro patas.

—¿Qué haces? —dije—. Pero, a ver, Hiero, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Nunca has visto a un hombre poner-

se los zapatos o qué? Pues fíjate bien, porque esto se va a poner interesante. Y después viene el abrigo, no te digo más.

Y empezó a pelearse con su abrigo de pata de gallo, que tenía las mangas todas retorcidas. Y aún no se había puesto en pie.

—Necesito ver la luz del día. Ya.

Cogí mi reloj del bolsillo y lo miré hasta conseguir descifrarlo.

—No son horas todavía, Niño. Estás mal de la cabeza.

Hiero no dijo nada.

—Por lo menos espera hasta que se levante Lilah y te lleve.

—No pienso ni siquiera esperar a que se me despierten las piernas, así que mucho menos a Lilah.

—Por lo menos deberías decirle lo que vas a hacer.

—De eso nada.

Un gemido quedo llegó flotando desde la ventana y Chip se incorporó hasta quedar apoyado sobre uno de sus negros codos, como si estuviera posando para una escultura. Tenía los ojos vidriosos y los párpados le temblaban como dos polillas. Después hundió otra vez la cabeza entre los hombros de manera que solo se le veía la garganta y parecía estar hablándole al techo.

—Ni se te ocurra salir —le dijo al techo—. Acuéstate y duerme un poco. Te lo digo en serio.

—Claro que sí, tío —dijo Hiero sonriendo—. Tú sigue hablando con el techo, que se entere de lo que vale un peine esa escayola cascada.

Pero Chip se había acostado otra vez y ya estaba roncando, tan tranquilo.

—Ve a la habitación de Lilah y despiértala —le dije a Hiero.

Me miró con su cara delgada y leonina desde la puerta.

—Pero ¿qué clase de vida es esta si uno no puede salir a la calle a por un vaso de leche solo, sin niñera?

Se detuvo debajo de la percha para sombreros, inclinándose

sobre mí como un fuerte viento que se hubiera levantado de pronto.

—Vamos a ver, Sid. ¿Qué crees que va a hacer Lilah si tenemos un problema gordo? ¿Es que tiene un pintalabios especial, que dispara balas, y yo no me he enterado?

—No seas imbécil, tío. —Hice una pausa y aparté la mirada—. Sabes que no tenemos papeles, parece mentira. ¿Qué vas a hacer si te paran?

Se encogió de hombros.

—Solo voy a ir hasta la Mosca, no está lejos.

Tiró de la puerta para abrirla y salió al descansillo, tambaleándose en la penumbra. Allí, mirando las sombras, me sentí inquieto, no sé por qué. La Mosca era como llamábamos a un estanco-bar que había a pocas manzanas. No estaba lejos.

—Vale, vale —murmuré—. Espera, voy contigo.

Apoyó una de sus manos delgadas en el pomo de la puerta como si fuera a servir para sostenerlo. Pensé: «Este chico va a acabar contigo, Sid».

El Niño hizo una mueca.

—¿Estás esperando a que te llegue la invitación por correo o qué? Andando.

Me levanté tambaleándome y buscando a tientas mi otro zapato.

—Ahora no hay peligro —añadió—. No va a pasar nada. A esta hora la Mosca estará desierta.

—Él siempre tan seguro de todo —dije—. No hay más que oírle, lo seguro que está.

Hiero sonrió.

—Mira, Sid, a mí no puede pasarme nada, soy como un amuleto, así que mantente cerca.

Pero para entonces ya había bajado aquella escalera de mármol tan amplia en la oscuridad y salido a la calle gris. Ése era el proble-

ma del Niño, que no podías negarle nada, con su elegancia desgarrada y solemne, con esa pinta de chiquillo muerto de hambre. Sin ir más lejos, Chip al principio no lo soportaba, le ponía frenético. Y en cambio ahora se mostraba tan protector que parecía, no sé, casi como si fuera su madre. Así que, mientras el Niño se encajaba su raído sombrero de vagabundo y salía a la calle pensé: «En la que me estoy metiendo». Se suponía que yo era el mayor, el responsable. Y allí estaba, corriendo detrás del Niño como un perrito faldero. Delilah me iba a cortar la cabeza, eso estaba claro.

Por lo general, durante el día casi no salíamos. Nunca sin Delilah y nunca dos veces por el mismo camino y, desde luego, jamás en la vida por la rue des Saussaies o la avenue Foch. Pero desde que se intensificó la ocupación, Hiero estaba cada vez más inquieto. Era un *Mischling*, un mestizo, aunque de piel tan oscura que nadie habría adivinado jamás que su madre era una blanca de Renania. Porque la piel le brillaba como aceite, pero había nacido en Alemania y, aunque su cara no parecía tener nada que ver con la madre patria, todo lo demás sí, desde luego. Y encima en aquel momento estaba sin papeles. Vamos, que lo tenía complicado.

En cuanto a mí, soy americano y de piel tan clara que la gente a menudo me tomaba por blanco. Hijo de cuarterones de Baltimore, nací con pelo lacio y ojos verdes. Un pequeño hispano, lo que, viviendo en Baltimore, me hizo las cosas más fáciles que a otros. Y mentiría si dijera que no fue así también en Berlín. Cada vez que salíamos a dar una vuelta por la ciudad, cualquier boche que se nos acercaba venía directo a mí. Después, cuando Hiero se ponía a hablar en su alemán nativo, madre mía, casi les daba algo de la sorpresa que se llevaban. Aunque a la mayoría no les gustaba. Un salvaje hablando como si fuera civilizado. Veías ese destello en sus ojos como una cuchilla.

Huimos a París para dejar atrás todo eso. Pero lo sabíamos, sabíamos que el apartamento desmantelado de Lilah no nos iba a proteger para siempre del caos. Nadie puede escapar a su destino. A veces, cuando observaba entre las cortinas la desolación de la rue de Veron, podía ver el antiguo Berlín. Veía la noche aquella en que todos los cristales de nuestra calle terminaron hechos trizas. Habíamos estado en el apartamento de Ernst en Fasanenstrasse, dándole a la botella, y cuando nos acercamos hasta las cortinas fue como asistir a un carnaval. Multitudes a la luz del fuego, botellas rotas. Bajamos corriendo y aquello era como pisar grava, los trozos de cristal crujían a cada paso que dábamos. La sinagoga al final de la manzana estaba en llamas. Vimos a los bomberos de espaldas al incendio echando agua a los demás edificios no fuera a ser que el fuego se extendiera.

Recuerdo que la gente estaba muy callada. La luz del fuego iluminaba las calles mojadas y el agua de las mangueras desaparecía por los sumideros. Y, por todas partes, dientes que brillaban como ópalos en el empedrado negro.

Hiero y yo recorrimos sin hablar las calles color gris de Montmartre. En otro tiempo el hogar del jazz, tan vivo que no aceptaba un no por respuesta, ahora todos los clubs del barrio estaban tomados por la bota. De un día para otro, prácticamente todos los cafés se habían llenado de tipas rollizas con medias agujereadas canturreando canciones atroces para los soldados de la Gestapo. Fuimos por calles laterales precisamente para evitar esos tugurios, de los que manaba música incluso a esa hora. El aire era frío y Hiero llevaba las manos tan dentro de los sobacos que parecía tener alas. El amanecer llegaba de forma extraña, el cielo estaba correoso y marrón, todo apestaba a barro. Yo iba unos cuantos pasos por detrás comprobando el reloj porque parecía ir, no sé, lento.

—Oye, ¿a ti no te parece que va despacio?

Tiré de la cadena y acerqué el reloj a la oreja del Niño.

Se apartó y me miró como si estuviera majara.

Según caminábamos, a ambos lados de la calle se erguían, amenazadores, oscuros edificios de apartamentos. Las sombras sobre las alcantarillas eran alargadas y yo cada vez estaba más nervioso.

—A esta hora no hay nada abierto. A ver, Hiero, ¿qué estamos haciendo? ¿Me quieres decir qué estamos haciendo?

—La Mosca está abierta —dijo el Niño—. Siempre está abierta.

Yo no le escuchaba. No hacía más que mirar a mi alrededor preguntándome qué haríamos si al doblar una esquina nos encontrábamos con un bota.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella chica espectacular del club Noiseuse de la otra noche? ¿La que iba vestida con traje de hombre?

—¿Otra vez con ese travesti? —Hiero caminaba a buen paso para tener esas piernas tan flacas—. Cada vez que le das al garrafón empiezas con la misma tontería.

—De travesti nada, tío. Era una mujer, te lo digo yo.

—¿Me estás hablando de la del traje verde? ¿La que estaba más cerca del escenario?

—Era una hermosura, colega; lo mejor de lo mejor.

Hiero rió, burlón.

—Mira que te lo he explicado veces, tío, era un travesti. Un hombre. Lo llevaba escrito en el trasero peludo, claro como el día.

—Sí, ya, como tú eres un auténtico experto en traseros peludos...

—Tú sigue confundiéndote así y ya verás, Sid. Cualquier día te despertarás en la cama con un bota.

Doblamos la esquina y salimos a la plaza grande, cuando de repente me entraron ganas de vomitar. Era de esperar; a ver, hace falta un estómago de hierro para aguantar todo lo que habíamos bebido la noche anterior. Y yo estómago de hierro no tengo, la ver-

dad, pero que nadie se confunda ni llegue a conclusiones sobre otras partes de mi anatomía. Me acerqué hasta un tilo y me apoyé en él para vomitar.

—Eso, tú quédate aquí haciendo amistad con ese rincón —dijo Hiero con una sonrisa de satisfacción— que yo vuelvo enseguida.

De un salto dejó la acera y subió el empinado bordillo cercano a la Mosca.

—¡Que no te timen con el cambio! —le grité—. Con lo mal que ves, la Mosca es capaz de dejarte pelado.

Un sol blanco, tierno como la fruta temprana, empezaba a iluminar las ventanas de los oscuros edificios. Pero el aire continuaba rancio, lleno de una mugre que te quemaba la nariz por dentro. Di una patada en el suelo y me doblé otra vez para vomitar. Whisky de mierda.

Entonces oí jaleo que venía por la calle desde arriba y cuando miré vi a Hiero tirando de la puerta de la Mosca como si de verdad quisiera entrar por la fuerza. Como si se creyera capaz de romper todos los pestillos de la ciudad. Cuando vio que no se abría, no se le ocurrió otra cosa que pegar la cara al cristal como si fuera un crío, el muy imbécil. Aunque la verdad es que era un crío. Para cómo tocaba la trompeta, era joven de narices. Una sola nota suya tenía la intensidad de una vida entera.

Corrió hasta donde yo estaba.

—Cerrado —dijo jadeando—. Pero ¿tú lo entiendes? Vamos a ver, ¿qué hora es?

—Deben de ser las nueve y media.

—Míralo en el reloj.

—Las nueve y media.

—Pues no lo entiendo.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido. Un coche blanco pasó por la calle en penumbra como un carámbano río abajo y su pálido conductor nos sostuvo la mirada. Tuve un escalofrío y de

repente sentí que estaba en peligro. Aquel hombre parecía ir vestido para un funeral, con todo ese despliegue negro y blanco.

–Pero si es que es domingo, imbécil –dije cogiendo a Hiero del brazo–. No va a haber nada abierto. Si queremos leche tendríamos que ir hasta el café Coup.

Los domingos, las calles eran de los botas.

Hiero se llevó las manos al estómago y me miró con cara de sufrimiento.

–Venga, hombre. El Coup está lejísimos.

–Tienes razón –dije–. Tenemos que volver.

Empezó a gemir.

–No me vas a convencer –dije–. Hablo en serio. Pero, bueno, y ahora ¿adónde vas? ¡Hiero!

Se me hizo un nudo en la garganta, viendo al Niño alejarse. Me quedé allí de pie, en la calle. Luego solté un taco y le seguí.

–Vas a conseguir que nos trinquen a los dos –le dije entre dientes cuando le alcancé. Notaba las mejillas calientes y mis zapatos resbalaban en los adoquines húmedos–. ¿Me estás oyendo, Niño?

Se encogió de hombros.

–Vamos hasta el Coup.

–El Coup está a tomar viento de aquí. ¿Estás de broma?

Me dirigió una sonrisa como angustiada y, sin venir a cuento, me puse a pensar en el disco que había escondido en la funda. Al hacerlo sentí algo que se parecía mucho a la culpa, pero que no lo era. Miré a Hiero de reojo.

–Explícame una cosa –dije–. ¿Ibas en serio con lo de olvidarnos del disco?

No contestó, pero al menos esta vez parecía estar escuchándome, con los ojos secos y fijos por la concentración, dos rocas negras.

Por suerte para nosotros, el café Coup de Foudre acababa de

abrir. El Niño entró con sigilo, sujetándose el estomago con la mano, como si estuviera a punto de echar la papilla allí mismo. Yo sentía algo extraño, que ya no eran ganas de vomitar pero se le parecía mucho. Dentro, las mesas bajas de madera estaban casi vacías, pero la poca gente que había producía tanto humo al fumar que aquello era como avanzar entre telas de araña. Peste a tabaco de picadura y a *chocolats chauds*. El Niño se subió a un taburete rojo desconchado y apoyó la cabeza sobre los brazos. El camarero detrás de la barra se acercó.

—Un vaso de leche —dije en inglés mientras señalaba hacia Hiero con un gesto de la cabeza.

—Leche —murmuró éste sin levantar la cabeza.

El camarero apoyó sus gruesos antebrazos en el mostrador y se inclinó hacia nosotros. Bastante, la verdad, aunque no daba miedo, porque le conocíamos. Le habló al Niño al oído con su alemán chapurreado.

—¿Leche sola? Pero ¿tú qué eres?, ¿un gato?

Oímos la voz ahogada de Hiero, que seguía sin levantar la cabeza.

—Pero qué gracioso eres, de verdad. Casi tanto como aquí, el amigo Sid. Deberíais hacer un dúo y salir de gira.

El camarero sonrió con aire de suficiencia y susurró algunas palabras más al oído de Hiero, algo que no pillé. Y entonces, sin decir nada, el Niño se puso rígido, levantó la cara y apretó los labios.

—Hiero —le dije—. Vamos, hombre, está de broma.

Mientras se dirigía hacia el refrigerador el camarero me miró un segundo y a continuación miró al reloj. Yo miré el mío. Las diez menos cinco. Volvió con un vaso de leche y su voz resonó en el silencio como bolas de billar entrechocando.

—Pero te lo aviso —dijo—, aunque te bebas toda la leche de Francia no te vas a volver blanco.

Rió con risa extraña, aguda y etérea.

Hiero se llevó el vaso a los labios y bebió con el ojo izquierdo cerrado. Me invadió una sensación de tristeza y de calor. Tosí.

Entonces el Niño se echó hacia detrás y me tocó el hombro.

—Podemos hacer otra toma —dijo—. El disco no es tan malo. Y mi visado no llega, así que no tengo otra cosa que hacer.

Tragué saliva, nervioso.

Entonces me miró largamente y con expresión serena.

—Lo vamos a conseguir. Ten paciencia, tío.

—Claro que sí —dije—, claro que lo vamos a conseguir. Pero ¿de verdad no era bueno el último que grabamos? Quiero decir bueno bueno. ¿No nos haría buenos?

El Niño dejó el vaso en la barra y señalándolo con el dedo gritó:

—*Encore!*

Me vino otra arcada, que reprimí como pude y dije:

—Ahora vengo. Ni se te ocurra irte sin mí.

Una vez en el retrete del sótano me puse a ello. Me encontraba de pena, como lleno de bilis. Durante un instante me quedé allí agarrado al mugriento lavabo de porcelana recubierta de roña reseca con la cabeza inclinada y simplemente respirando. Abrí el grifo y me eché agua fría a la cara. Olía a hierro caliente, el agua, y notaba la cara como si no fuera mía, como si aquélla no fuera ni siquiera mi piel.

Entonces escuché algo que venía del piso de arriba, un ruido súbito y potente. Me quedé muy quieto, conteniendo el aliento. No me lo podía creer, parecían ser Hiero y el camarero. Aquellos días el Niño andaba a la que saltaba, siempre buscando pelea. Inspiré profundamente y me acerqué a la puerta carcomida.

Pero no salí, sino que me quedé allí alerta como un sabueso. Pasado un minuto, agarré el pomo.

La conversación había bajado de volumen. Entonces, todo el local pareció estremecerse con el ruido de algo estrellándose. Ya

no oía la voz del camarero. La mano me temblaba tanto que el pomo vibró suavemente. Me obligué a girarlo, a salir al pasillo envuelto en aire cargado. Conseguí subir tres peldaños antes de volver a quedarme paralizado. Una pared de ladrillo tapaba la escalera, lo que me permitía ver el café sin delatar mi presencia.

Todas las luces estaban encendidas. Nunca, jamás en la vida, había visto todas las luces encendidas en el Coup. Y hasta aquel momento no supe que una luz así podía dar tanto miedo.

Entonces el café entero se calló. Los objetos, las personas se volvieron más nítidos, como resaltados por el silencio. Un hombre se giró hacia mí, despacio. Tenía la cara surcada de arrugas como heridas de cuchillo. Miré debajo de su mesa: una sola pierna. Las manos, nudosas como algo desenterrado del fondo de un lago, le temblaban una barbaridad. Sostenía unos papeles sucios y vi cómo dejaba caer ceniza del cigarrillo en los pantalones.

Estudí el local con atención. Sobre cada mesa ocupada había documentos de identidad. Algunos crujientes como hojas de otoño, otros casi reducidos a polvo de tan manoseados. Una joven de pelo castaño dejó caer los suyos sobre la mesa con tanta brusquedad que acabaron en un charco de café. Miré cómo se empapaba el papel. La chica mordía un hilo suelto del cuello de su grueso abrigo de *tweed*, masticándolo con suavidad. Recuerdo haber pensado: «qué calentita debe de estar».

El camarero empezó a limpiar sin hacer ruido, pasando un trapo de cuadros por la barra.

Pero había otro tipo. Estaba sentado en la luz almidonada de la ventana con una expresión demasiado alegre. Tuve frío.

Entonces oí voces de nuevo y levanté la mirada.

Dos botas con uniformes color claro. Antes eran simplemente negros, así que cuando te cruzabas con ellos por la noche solo veías un rostro blanco fantasmagórico y un brazalete de tela color san-

gre caminando hacia ti por el suelo empedrado. Pero sabías que eran botas.

Uno de ellos era alto y delgado, como la rama de un árbol. El otro, bajo y rechoncho. Como me daba la espalda, pude ver un michelín musculoso que le sobresalía de la nuca.

Bajé la mirada y entonces, como si se me hubiera ocurrido en ese instante y no antes, busqué a Hiero. Estaba de pie junto a la puerta principal, mirando a los botas. A su lado había otro chico, judío, supongo, con cara asustada y también desafiante. El bota más alto revisaba los papeles con parsimonia, sin decir ni pío, solo mojóndose el pulgar antes de pasar cada página. Como si fuera a pasarse así todo el verano, vamos. Miré su semblante grisáceo y tranquilo. Era un rostro como cualquier otro. El de alguien que se limitaba a hacer su trabajo.

—Extranjero —decía el bota de menor estatura con una voz tan calmada y queda que casi no podía oírle—. Sin nacionalidad y de ascendencia negra.

Hiero y el chico judío seguían de pie con los brazos colgando a los lados del cuerpo, dos colegiales chulos. Dolía mirarlos, los dos tan impotentes y con el corazón disparado. Con la luz brillante que entraba por el ventanal a su espalda casi no podía verlos. Pero, incluso desde donde estaba, los oía. Oía su respiración.

El bota alto también suavizó el tono de voz. Eso sí que era raro, aquellos dos botas eran tan corteses, tan finos en sus modales que se diría que estaban hablando del tiempo. Nada que ver con cómo se comportaban en Berlín. Incluso parecían estar pidiendo disculpas, como si en el fondo de su corazón fueran buenas personas y solo las circunstancias las obligaran a actuar así. Y aquella cortesía, aquella amabilidad me daba más miedo que la violencia pura y dura, porque parecía una forma más de brutalidad, solo que nueva.

–Extranjeros –dijo con calma el bota más bajo–. Hotentotes.

–Sin nacionalidad –puntualizó el otro–. Extranjero –dijo–. Judío –añadió–. Negro –dijo.

Quería cerrar los ojos. Las piernas me temblaban un poco y no sentía los pies. No te caigas, chico, me dije, ni se te ocurra desmayarte. Concéntrate y sal ahí fuera.

Pero seguí allí, clavado en el suelo.

En cuanto a Hieronymus, miraba a los botas plantándoles cara. Cuando las miradas de ellos le obligaron a desistir de su actitud, bajó la mirada hacia el suelo de baldosas. Ni una sola vez volvió la cabeza hacia el cuarto de baño, y entendí por qué. Intentaba protegerme, era increíble. No podía permitirselo.

Pero justo entonces los botas tiraron de la puerta del Coup para abrirla, haciendo sonar la campanilla. Cogieron a Hiero del brazo y lo sacaron, a él y al otro chico a la calle. Y yo me quedé allí. Me quedé allí con las manos colgando como extrañas pesas contra los muslos y el pecho lleno de algo parecido al agua. Me quedé allí viendo cómo Hiero se iba.

La puerta delantera se cerró con estrépito. En el café, todas las luces seguían encendidas. Silencio total. Nadie hablaba.

Y entonces aquel hombre, al que había visto antes casi sonriendo, se levantó y caminó hasta la barra. Contó unos francos y los dejó sobre la barra de madera de caoba. Después dijo algo en francés al camarero.

Éste se limitó a coger los mugrientos billetes y se volvió para meterlos en la caja registradora. El hombre sorteó las mesas mientras los tacones de sus zapatos arañaban el desgastado suelo. Nadie habló, todos mirábamos. Entonces la puerta cascabeleó alegre y se cerró detrás de él.